

LUNES 19/3/71 21 y 30 hs.

CX8 SARANDI



**PARTIDO
DEMOCRATA
CRISTIANO**

¿POR QUE EL FRENTE AMPLIO?

El Frente Amplio promovido desde junio de 1968 por el Partido Demócrata Cristiano, constituye un esfuerzo para salvar al Uruguay de un triste destino de república oligárquica, privada de la libertad e independencia que, hasta poco tiempo atrás, nos caracterizaron. La crisis que vivimos actualmente afecta a todos los aspectos de la convivencia nacional: la economía y los abastecimientos, el salario y la seguridad social, la educación, la libre expresión del pensamiento, las relaciones entre las distintas generaciones, la paz interna y la dignidad de los uruguayos, la soberanía y el prestigio del país, etc. Todo intento de volver a la situación de las décadas anteriores fracasará, porque han desaparecido las condiciones que en lo internacional, lo económico, lo cultural, la hicieron posible. No hay otra alternativa sino echar las bases de un Uruguay nuevo. Pero éste podrá configurarse según los intereses de pequeños grupos dominantes o según los intereses del pueblo. En esta segunda evolución se halla la única posibilidad de recuperar las mejores tradiciones de nuestra patria: la búsqueda permanente de una mayor justicia social, el estímulo al trabajo productivo y la celosa defensa de la soberanía.

El pachequismo nos encamina hacia la salida oligárquica; el Frente Amplio ofrecerá una oportunidad concreta de luchar exitosamente a todos aquéllos que no se resignan a ver su país gobernado por banqueros y latifundistas; el Frente Amplio tiende a organizar políticamente a los que confían en el futuro contra los que procuran congelar la realidad existente.

LA VERDAD POLITICA

Pero la promoción de esta iniciativa tiene otra finalidad, no menos importante, que consiste en la clarificación del cuadro de fuerzas de nuestra política, dicho de otro modo, en la superación de una legislación, particularmente electoral, que trampea la decisión popular y quita al voto gran parte de su significado. Quienes se dicen demócratas fervorosos han ido montando un complejo sistema —conocido como “ley de lemas” y parcialmente incorporado a la Constitución— que convierte a los partidos tradicionales en una incoherente federación de grupos contradictorios, que sólo se unen a la hora de contar los votos. Con eso, los partidos tradicionales se aseguran las mayorías pero impiden cualquier gestión de gobierno ordenada y eficiente. Se frustra, así, el pronunciamiento del electorado, viciado ya por el hecho de que el voto emitido por un candidato con determinadas características puede favorecer a otro candidato de características opuestas perteneciente al mismo lema.

Un régimen democrático auténtico —que no sea mera apariencia— exige la más plena libertad del ciudadano para optar por una alternativa de gobierno entre varias. Los que constriñen al votante y encierran su decisión en los estrechos marcos de nombres y colores que esconden la confusión conspiran contra la democracia. QUITAN a este régimen la aptitud para encauzar pacíficamente los cambios políticos y sociales, que constituye su principal virtud. A esta situación lamentablemente, nos han llevado los dirigentes de las principales fracciones blancas y coloradas y la falta de verdad política con que choca el hombre común obstruye decisivamente el camino de la recuperación nacional.

Como indicábamos, gran parte de esta verdadera estafa electoral estriba en normas constitucionales amañadas para beneficio de un grupo de dirigentes aferrados a sus privilegiadas po-

siciones. Algún día, habrá que depurar la carta fundamental de favoritismos, de modo que sirva como fundamento de una convivencia realmente democrática. Pero actualmente, un nuevo intento de reforma constitucional haría el juego a los que ya preparan una instancia comicial planteada sobre alternativas falsas, escamoteados los problemas de fondo. El Frente Amplio se constituirá dentro del ordenamiento vigente, desafiando las trampas de éste; pero será una conjunción de fuerzas unidas en torno a un programa de gobierno, por lo que apelará a una adhesión adulta sobre la base de un compromiso que la ciudadanía podrá controlar, en el curso de su ejecución. La política frentista supone confianza en la lucidez del electorado uruguayo y se atreve a someter al mismo la decisión más trascendente, en la hora, que consiste en el mantenimiento o la sustitución de los viejos equipos gobernantes.

CUENTOS PARA DORMIR A LOS NIÑOS

Superando un desborde propagandístico excepcional —pocos gobiernos en la historia de la República han sido publicitados como el actual—, el país ha formado ya opinión contra Pacheco Areco y su régimen. Las declaraciones engañosas de los personeros oficiales y las limitaciones impuestas a la prensa, radio y televisión no han conseguido ocultar una verdad que su propia experiencia dicta al hombre del campo y la ciudad: la crisis se agrava, el Uruguay sigue barranca abajo. Las resoluciones drásticas prometidas, las innovaciones y la apertura de rumbos distintos quedaron en agua de borrajas. Pacheco Areco gasta una energía postiza, que se ejerce contra los débiles y se diluye frente a los poderosos. Se persigue al agiotista de barrio pero no a los que actúan a gran nivel; se procura erradicar la usura del prestamista individual pero ni se menciona la usura mucho más dañosa que cometen los bancos privados. Y así en los demás sectores de la vida nacional. No habrá sanciones para los banqueros que defraudaron a miles de acreedores, y el señor Berenbau recuperará las empresas que le fueron intervenidas el año pasado. Cerca del término del mandato pachequista, todo se mantiene como antes; con mayor precisión, toda ha empeorado. Los banqueros continúan esquilmando la economía de esta empobrecida nación, el productor mediano y pequeño está asfixiado, son cada día más numerosos los uruguayos que deben emigrar porque no encuentran aquí medios de subsistencia.

Dos mitos ha manejado con particular insistencia la propaganda oficialista. La “estabilización” y el “despegue” nacia el desarrollo. Dos palabras vacías. La economía nacional no se encuentra estabilizada porque la producción oscila pero no aumenta, el crédito permanece cerrado, la desocupación no disminuye, las exportaciones no se han diversificado, el endeudamiento con el exterior crece sin cesar, los déficits presupuestales alcanzan cifras paavorosas, los abastecimientos de artículos de primera necesidad sufren las deficiencias ya conocidas, etc. Se ha producido, en cambio, al amparo de las medidas económicas gubernamentales, la concentración del poder financiero; el Estado abdicó gran parte de sus más elementales responsabilidades de contralor y orientación. La oligarquía —de banqueros, comerciantes, latifundistas— afianzó su posición dominante. Tal es el futuro que ofrece la alternativa conservadora: una economía constreñida, u descenso del nivel de vida de las mayorías y la expulsión al extranjero de una considerable porción de la población uruguayana económicamente activa.

EL JUEGO DE SIEMPRE

Los grupos políticos que se benefician de la situación existente saben de esa conciencia generalizada acerca del fracaso de las fórmulas del pachequismo, que son las fórmulas de los sectores sociales privilegiados. Y temen la inclinación de vastos contingentes electorales hacia las opciones de auténtico cambio. En especial, temen al Frente Amplio, a su dinamismo y a la solidez programática de su prédica, porque no sólo vuelca votos hacia los cambios, sino que además organizará la fuerza social con el vigor para lograrlos.

Para impedir un vuelco de esas características, insinúan ya una maniobra que muchas veces ha utilizado, lamentablemente con éxito. Junto a las candidaturas que encarnan crudamente las orientaciones oligárquicas, levantarán otras revestidas de un falso progresismo, para atraer la simpatía de las masas que buscan la renovación de las estructuras vigentes. En el marco de la ley de lemas, los votos de todos los candidatos pertenecientes a los partidos tradicionales se sumarán, perdiendo significación. Dichos partidos obtendrán una victoria comicial que garantizará el perfecto congelamiento del estado de cosas. A esta altura resulta evidente que los lemas históricos —cuya función positiva en épocas anteriores de la evolución nacional nadie niega— son absolutamente inadecuadas en cuanto instrumentos para la creación de un Uruguay nuevo.

La conformación del Frente desbarata la vieja artimaña porque ofrece a las fuerzas y dirigentes auténticamente renovadores la oportunidad de dejar las filas de los partidos tradicionales para incorporarse a un fuerte agrupamiento popular, de notoria raigambre nacional. Quienes permanezcan en aquellas filas proclamándose sin embargo partidarios de los cambios se pondrán en evidencia —sin excusas admisibles— como elementos al servicio, concientemente o no, de las rígidas dirigencias aliadas a las clases dominantes.

LA LUCHA PLANTEADA

De lo dicho anteriormente se desprende una conclusión de capital importancia: la oligarquía ha asaltado ilegalmente el poder, se ha encaramado en él y desde él pretende hacer un país a su imagen y semejanza; la tarea absolutamente prioritaria para todos los que se sientan comprometidos con el pueblo consiste en desalojar a la oligarquía del poder. No caben, en este momento en el que se juega el futuro del Uruguay, vacilaciones o ambigüedades. La trascendencia de la lucha entablada obliga a postergar otros enfrentamientos políticos —aunque no a cancelarlos— a fin de unir las fuerzas democráticas contra las de la reacción.

La ilegal instalación de los privilegiados en el gobierno —para el que no fueron ni serían nunca elegidos— incluye el desborde del Poder Ejecutivo más allá de sus facultades, avasallando algunas de las que corresponden al Parlamento y la Justicia, la implantación de un régimen —las medidas prontas de seguridad— que ya lleva más de dos años, cuando la Constitución lo prevé como esencialmente provisorio; la lesión de casi todas las garantías y los derechos fundamentales que definen la democracia; la persecución del movimiento sindical; la catastrófica intervención de la enseñanza media, etc.

El Frente Amplio propone métodos de lucha democráticos a fin de cumplir la tarea de referencia. Se trata de promover una gran movilización de productores, trabajadores, estudiantes, profesionales, amas de casa, jubilados; de todos los sectores que sufren la crisis, en la ciudad y el campo. Por encima de filiaciones partidarias que nadie traicionará, la unificación se justifica por la urgencia de derrotar un experimento regresivo, cuyo primer capítulo es el pachequismo. La movilización popular culminará con un categórico pronunciamiento en las elecciones de noviembre de 1971. Pero para hacerlo posible, resulta imprescindible defender desde ya la pureza de esos comicios y la libertad dentro de la cual se debe desarrollar la campaña previa.

REGLAS Y OBJETIVOS

El Uruguay tiene muy escasa experiencia en materia de coaliciones políticas. En otros países, ellas constituyen un mecanismo absolutamente normal de gobierno democrático. Y se comprende fácilmente que así sea: sin perjuicio de las discrepancias que separan a los partidos, éstos coinciden a menudo, en circunstancias determinadas, respecto de ciertos problemas y propósitos. No hay por qué excluir, tampoco, la conveniencia de que las fracciones que alguna vez se enfrentaron en torno a ciertas cuestiones puedan posteriormente aliarse en torno a otros puntos sobre los que concuerden, en lugar de perpetuar disensiones más allá de lo razonable; el transcurso del tiempo, notoriamente, modifica los términos de toda la problemática política.

Precisando lo afirmado, es necesario decir que nuestro país posee escasa experiencia en cuanto a coaliciones electorales, las que se someten a la adhesión o rechazo de la ciudadanía. Existe, en cambio, en la historia nacional todo un largo capítulo de entendimientos entre dirigentes, a espaldas y a menudo en contra de las preferencias mayoritarias. Un nombre designa en conjunto a tales componendas: el pacto. Ciertamente, se torna progresivamente dificultoso el concluir pactos porque la resistencia de la opinión pública a los mismos aumenta; tanto que los últimos intentos realizados por la Alianza echegoyenista y el oficialismo con esa finalidad fracasaron en virtud de la repulsa generalizada, claramente perceptible.

Con las gestiones frentistas se inaugura un estilo político fecundo para la convivencia nacional. En el Frente Amplio, los grupos que lo componen, lejos de renunciar a su acervo ideológico, su programa y la visión que profesan de nuestra historia, buscan, a partir de éstos, convergencias que permitan una acción común, en la oposición o en el gobierno. Tales convergencias son formuladas explícita y precisamente porque no operan como acuerdo de dirigentes sino como plataforma en base a la cual se solicitará el respaldo popular.

Las relaciones entre las fracciones integrantes del Frente deben regularse según normas convenidas entre todas ellas, asegurando una participación igualitaria en la adopción de las resoluciones relevantes. Se logra, de tal manera, un agrupamiento político orgánico y disciplinado, en condiciones de cumplir coherentemente los objetivos planteados en el momento de consultar a la ciudadanía.

UNA ALTERNATIVA DE PODER

Los conservadores temen al Frente Amplio en cuanto representa una alternativa popular en condiciones de llegar al poder. Hasta el presente —desde mucho tiempo atrás— los votos por la renovación de las estructuras se dispersaban entre distintos movimientos políticos; como ya explicamos, el apoyo a los sectores que votaban dentro de los lemas tradicionales se canalizaban, en definitiva, hacia las candidaturas y corrientes derechistas. No obstante una legislación que distorciona la instancia comicial, el Frente ofrece la posibilidad de sumar aquellos votos progresistas; y esta novedad configura indudablemente un acontecimiento histórico a partir del cual la democracia uruguaya puede adquirir la capacidad —que hasta ahora no tuvo— de efectuar los cambios profundos que la nación requiere perentoriamente.

Porque responde a aspiraciones largamente defraudadas, el Frente Amplio maduró rápidamente, sorprendiendo a muchos. La velocidad de su crecimiento puede, asimismo, deparar alternativas insólitas en la vida política uruguaya. Antes de su efectiva constitución, se dijo certeramente que “el Frente está en la calle”; en la calle y los caminos todos de un país que no se resigna a un destino subalterno, en contradicción con su historia de dignidad y empuje.

UN COMPROMISO RESPONSABLE

A su debido tiempo, el Frente Amplio dará amplia difusión a su programa de gobierno. Conviene, sin embargo, adelantar algunos lineamientos obligados del mismo, a fin de orientar las expectativas que la iniciativa ha despertado.

En primer lugar, se tratará de un conjunto de medidas factibles, en consonancia con las posibilidades que el Uruguay tiene. Apelaré a la madurez de un electorado al que, una vez más, se tratará de captar con promesas demagógicas.

Pero será igualmente un programa que ataque los problemas del país en el nivel donde residen las causas de esos problemas. Con valentía, con audacia cuando resulte necesaria, sin compromisos con otra cosa que no sea el futuro de una patria justa y soberana. De allí su carácter inequívocamente renovador y la coincidencia de sus soluciones con los intereses populares.

No creará una sociedad radicalmente distinta; no es una revolución. Pero abrirá el camino hacia transformaciones más drásticas, en la medida en que, suscitando un vasto apoyo popular, permitirá derrotar al poder oligárquico y sustituirlo por el gobierno de fuerzas arraigadas en la nación y en el pueblo. Más arriba, se indicaba el alcance de la lucha planteada actualmente; ésa es la batalla que debe ganarse; su dureza y trascendencia exigen comprometer en ella todos los recursos disponibles. Después vendrán otras, pero en la coyuntura que vivimos una excesiva ambición en los objetivos propuestos constituye una manera de favorecer al enemigo.

El programa del Frente Amplio se formulará, por otra parte, en términos tales que la base de los movimientos que lo integran, los votantes que le acompañen y la ciudadanía en general puedan controlar su puesta en práctica, en caso de obtenerse el poder, y el ajuste a sus directrices en el desarrollo de una actividad opositora, en caso contrario.

AMERICA LATINA EN LA HORA DE LOS PUEBLOS

El continente latinoamericano atraviesa un período excepcionalmente favorable, desde el punto de vista de su liberación. Las experiencias de gobiernos autoritarios, frecuentemente militares, inspirados en la defensa de los intereses del imperialismo y las clases dominantes han fracasado. Algunos de ellos ya han sido derrocados, como el de Onganía en la Argentina. Surge, en cambio, en uno y otro de los estados de América Latina, un impetuoso avance de las corrientes renovadoras, a las que se suman los sectores más lúcidos de la Iglesia y las Fuerzas Armadas. Perú, Bolivia, Chile buscan estructuras que posibiliten su desarrollo económico y la satisfacción de las necesidades de sus masas populares. En cada uno de esos casos, el proceso de cambio se ajusta a las condiciones, tradiciones y posibilidades de la nación que lo cumple.

En este marco continental, la política de Frente Amplio cobra toda su significación. Constituye la respuesta auténticamente uruguaya —en algún sentido se podría decir artiguista— a los desafíos que nuestro país comparte con las naciones hermanas. El desarrollo independiente del Uruguay, al igual que el de todos los demás estados latinoamericanos, supone la progresiva integración de éstos, fragmentos de la Patria Grande que algún día se reconstruirá. Pero a su vez, la integración descansa en la posibilidad de que fuerzas populares asuman el gobierno en los distintos países.

Por todo esto es que el Frente Amplio no es fruto de oportunismos electoreros ni de ambiciones personales. Es una necesidad que el Uruguay tiene que satisfacer.

Las soluciones populares no las dará la oligarquía, sino el pueblo mismo organizado, y el Frente Amplio es un instrumento más para que el pueblo pueda expresarse y actuar políticamente, tanto en el acto electoral como en las luchas populares de todos los días.

•

EDITADO POR LA
SECRETARIA NACIONAL DE PROPAGANDA
PLAZA LIBERTAD 1371 - TELEFS. 9 55 32 - 8 38 21